

### Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

## EL NUEVO NOMBRE DEL BAUTISMO: ¿QUÉ SIGNIFICA Y CÓMO USARLO?

1)	EL NOMBRE DADO Y RECIBIDO .....	1
2)	BAUTISMO: EL NUEVO NOMBRE DEL CRISTIANO.....	3
3)	EL PODER DE UN NOMBRE .....	4
4)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO .....	5
5)	PRÁCTICAS .....	5

“N., Yo te bautizo en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. La fórmula del bautismo contiene dos nombres: el nombre del bautizado y el de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Podríamos decir que el bautismo es el sacramento del nombre. ¿Qué quiere decir esto?

Vamos a reflexionar sobre la importancia de tener un nombre, que es propio del hombre entre los animales. También nos interesará, para los padres, en qué consiste poner nombre. Luego veremos cómo se asume y transforma esta experiencia en el bautismo, pues los cristianos hemos identificado los dos momentos: en el bautismo se recibe y se da el nombre. Nos quedará descubrir el poder del nombre bautismal en nuestra vida.

### 1) *El nombre dado y recibido*

Dicen que nuestro nombre es la palabra que más nos gusta escuchar. Y es que nos recuerda el misterio que hay en el centro de nuestro ser, cuando nuestros padres nos llamaron por primera vez. Oír el nombre es recordar un amor que nos precedió y acogió.

Esto es un misterio para nuestra época individualista. Pues el nombre, la palabra que más nos toca dentro, resulta que no la hemos elegido nosotros, sino que nos la han impuesto otros.

¿No sería lógico posponer la elección del nombre hasta que el hijo pudiera elegirlo? Pero entonces, al no poder dirigirnos a nuestro hijo, ¿cómo podríamos enseñarle a hablar, para que luego él eligiera nombre?

Es decir, sin nombre no seríamos admitidos en la conversación, no llegaríamos a ser personas. El primer don que los padres hacen a sus hijos, después del don de la vida, es el don del nombre. Es el nombre que les acompañará hasta la muerte, y más allá de ella, pues quedará inscrito sobre su tumba y, más aún, Dios les llamará por este nombre.



Si es un misterio recibir nombre, también es un misterio darlo. Dime cómo das nombre a tus hijos y te diré qué tipo de padre quieres ser.

Una primera forma de dar nombre es desde los gustos y preferencias de los padres. Esto no está mal y a veces incluye sentido común, como cuando evitamos nombres que suenan mal con el apellido. Tampoco está mal dar el nombre del padre o de la madre, o un nombre que nos suena bien, o un nombre creativo porque estamos inspirados.

Ahora bien, todo esto no basta para elegir nombre. Pues con esto medimos al hijo desde nosotros, sin aceptar ese “más” que el hijo está llamado a ser, y que nos desborda.

Por eso el nombre tiene que indicar hacia algo que nos supere, reconociendo que el hijo es más grande que nosotros. Por ejemplo: el nombre de alguien que admiramos, como en el caso de los santos o los héroes, que llaman al hijo a grandeza. O un nombre familiar que testimonia un origen que se ha ido transmitiendo. O nombres que inviten a un horizonte hondo, como cuando se usan los nombres de las virtudes, o las advocaciones de María...

El libro del Génesis nos da una clave de la paternidad al dar nombre. Eva tiene su primer hijo, y lo llama con orgullo “Caín”, que viene de la raíz “poseer”. Algunos han visto aquí un deseo de apropiarse del fruto de su vientre. ¿Salió por eso Caín un “poseedor”, que acabó intentando someter a su hermano Abel?

El hecho es que, tras la muerte de Abel (con nombre profético, pues significa “soplo que pasa”), Eva llama a su siguiente hijo Seth, que viene de “Dios ha otorgado”. Con su dolor, Eva ha aprendido. El cambio indica una mirada distinta sobre el hijo.

Esto ilumina una pregunta: ¿por qué los padres tienen derecho a dar nombre a sus hijos? ¿Por qué aceptamos el nombre que ellos nos dan, lo que no haríamos si nos fuera dado por otro, como cuando nos ponen un mote?

Los padres pueden dar nombre precisamente porque, al generarnos, ellos saben que venimos de un origen que les supera. Pueden dar nombre porque entienden bien que no son nuestros señores. Así, el nombre no es nombre para dominarnos y atraernos a ellos, sino nombre como reconocimiento de que no son nuestros dueños, de que nuestro origen viene de más allá y va más allá nuestro destino.

Por eso el nombre se presenta como una tarea, como una vocación. Así sucede con nuestro santo patrón, que se nos da como horizonte que imitar y al que tender. O como cuando se nos impone el de un familiar que admiramos y que nos transmitió honradez o sabiduría.

Al nombre propio *añadimos el apellido*. El apellido los padres no lo eligen; el apellido los padres lo son. Es decir, el hijo recibe en el apellido la pertenencia a una familia. En España la costumbre es recibir dos apellidos, del padre y de la madre. Con ellos se heredan dos historias, que se hace ahora una sola en el hijo. Por eso en el Génesis la expresión “una sola carne” puede aplicarse al hijo que nace del matrimonio.

Hasta aquí el nombre propio. ¿Y el bautismo?



## 2) *Bautismo: el nuevo nombre del cristiano*

La fórmula del bautismo une nuestro nombre a otro nombre, que es el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Qué significa esto?

Comencemos viendo otra fórmula que se usa en los Hechos de los Apóstoles, cuando se nos dice que los discípulos bautizaban “en el nombre de Jesús”. En la mentalidad semítica, el “nombre” es la historia de la persona, su relato que evocamos al nombrarle.

Recordemos que el nombre no solo se nos da, sino que contiene un destino que estamos llamados a cumplir. A veces esto se visibiliza con un apodo, como a Escipión el Africano, cuyo sobrenombre le vino de las victorias en la campaña de África.

Pues bien, Jesús, que significa “Dios salva”, confirmó y agrandó su nombre a lo largo de su vida, pues en ella llevó a cabo nuestra salvación. Bautizarnos “en su nombre” significa, por tanto, introducirnos en su historia hasta hacerla nuestra. Por eso dice san Pablo que el bautizado se sumerge en la muerte de Cristo para nacer a vida nueva (Rom 6,1ss).

Orígenes decía que Jesús es nuestro río Jordán. La vida de Jesús es como un río en el que entramos, que nos lleva, que nos conduce al mar. Este mar no es la muerte, sino más allá de la muerte: la vida eterna y la resurrección.

Añadamos que la vida de Jesús estuvo marcada por su relación con el Padre. Jesús vivió todo desde la misión que le confió su Padre. Su vida consistió en revelarnos el nombre de Dios, que es amor.

Es decir, Jesús nos reveló que Dios es un Padre que tiene un Hijo amado, y que se une a ese Hijo con el Espíritu. La historia de Jesús, su nombre, es la memoria del camino del Hijo desde el Padre hasta el Padre, impulsado por el Espíritu.

Por eso bautizarse “en el nombre de Jesús” es bautizarse “en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”. En el bautismo nuestro nombre se une, en Jesús, al nombre de Dios, es decir, nuestra historia recibe un nuevo origen y una nueva meta, desde las manos del Padre hasta su abrazo definitivo.

Esto se ve en la respuesta de Jesús a los saduceos, cuando estos niegan la resurrección de entre los muertos (Mt 22). Jesús les responde refiriéndose al nombre de Dios, que se llama “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. Es decir, en la alianza, Dios ha unido su nombre al nombre de los patriarcas. Y eso quiere decir que los patriarcas no pueden morir ya del todo, porque su nombre pertenece al relato de Yahvé, es decir, a su alianza con nosotros, en la que ha puesto su corazón. Por eso sentencia Jesús: “no es Dios de muertos sino de vivos”.

Pues bien, en el bautismo esto llega a su plenitud. Dios ya no es solo “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”, sino “el Dios de Nuestro Señor Jesucristo”. Si los patriarcas fueron testigos de una alianza percedera con Dios, en Jesucristo Dios ha sellado para siempre una nueva alianza definitiva. Ahora la historia de Jesús es la historia en que Dios se entrega totalmente, porque con nosotros vive su Hijo, llevando adelante nuestra historia, hasta morir en la Cruz. Por eso, junto al nombre de Dios, se acompaña la señal de la Cruz.



Esto significa que ya nadie puede separarnos del nombre de Dios. El nombre que recibimos en el bautismo se nos graba en lo más hondo. Aunque nos alejemos de Dios ese nombre seguirá gritando dentro de nosotros que volvamos a nuestro Padre. Por muy bajo que caigamos y nos deshonremos, nunca podremos caer por debajo de nuestro bautismo, es decir, siempre nos será posible mientras vivamos recuperar nuestro nombre de hijos.

Y esto, que se aplica al nombre recibido, ¿qué consecuencias tiene para los padres que ponen nombre al hijo al bautizarle? Ya no solo estáis dando a vuestro hijo un nombre que os gusta, ni solo le estáis poniendo bajo una estrella buena que le guiará. El nombre del niño ahora es incluido en el nombre de Jesús, y queda por tanto asociado al nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es el nombre de un hijo de Dios. El Dios de nuestro Señor Jesucristo es también el Dios de Juan, de María, de Pedro...

Al poner nombre a nuestro hijo puede asaltarnos el miedo. ¿Cumplirá lo indicado en su nombre? ¿Lo honrará? A los padres se les escapa la respuesta. Pero entonces llega el bautismo, y os asegura de que estáis dando a vuestro hijo un buen nombre. Y de que vuestro hijo tiene la capacidad de vivir de acuerdo con este nombre. Porque ahora su nombre queda asociado al nombre de Jesús, y su origen y su destino se fijan en el Padre Dios.

Por eso es misión de los padres llevar al hijo al bautismo, darle nombre de pila, encender del cirio la vela que simboliza su fe. Con el sacramento del matrimonio se ha dado a los padres la capacidad confesar la fe en nombre de su hijo.

También en el bautismo se aplica lo que hemos dicho de los apellidos. Igual que en la familia se nos da un apellido, que es señal de pertenencia a una comunión y a una historia, así el bautismo nos da el apellido de "cristianos", por pertenecer a la familia del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Una curiosidad histórica: el uso de los apellidos, hoy universal, comenzó a extenderse a partir de los registros del bautismo que ordenó el concilio de Trento. Trento exigió que se indicara el nombre de los padres y abuelos al bautizar al hijo, insistiendo así en la familia a la que pertenecía. Es un ejemplo de cómo la fe refuerza la estructura social de la familia, fijando sus árboles genealógicos.

### **3) *El poder de un nombre***

El nombre no solo se recibe, sino que se activa en la vida y contiene un poder. ¿Qué nos permite el nombre recibido en el bautismo? ¿Cómo transforma nuestra vida? Esto es importante, pues puede ocurrir que tengamos este nombre olvidado, como los trastos de un desván, sin dejarle brillar y transformar nuestra vida.

En primer lugar, el nombre nos permite entrar en la conversación y aprender así el lenguaje. Pues bien, porque tenemos el nombre del bautismo somos capaces de entrar en la conversación de la fe. Esto implica que el bautismo nos da acceso especial a la Palabra de Dios. Cuando un bautizado lee o escucha la Palabra surge una luz especial. Pues es capaz de entender que esa historia que escucha es su propia historia, que le convoca a participar en ella y continuarla.

Además, el bautismo nos permite también pronunciar el nombre más misterioso de Dios y llamarle Padre. Esto es una osadía, por eso en la misa se dice: “nos atrevemos a decir... Padrenuestro”. Esta oración se daba al cristiano en el bautismo, y antes se mantenía en secreto, no solo ante los paganos, sino también a los catecúmenos. Recordamos que san Agustín llamaba al Padrenuestro “el bautismo cotidiano”. ¿La rezamos con el honor propio de los hijos?

Añadamos que el nombre del bautismo lleva en sí una llamada a cumplir nuestra vocación. Sabemos que esta vocación es una vocación al amor, que se realiza, sea en el matrimonio, sea en la vida consagrada. Gracias al bautismo el “sí” que pronunciamos el día de la boda se potenció para significar el amor de Cristo y la Iglesia. Gracias al bautismo, puede suceder la vocación a la vida consagrada, cuando Dios nos llama por nuestro nombre a vivir solo para Él como vivió Cristo.

Está además una misión unida al “apellido” de cristiano. Una oración colecta de la misa (domingo XV del tiempo ordinario) pide a Dios lo siguiente: “concede a todos los cristianos evitar lo que es indigno de este nombre y cumplir lo que en él se significa”. Los primeros creyentes veían en el nombre de cristiano un gran poder. Hacían un juego de palabras entre “cristós” y “crestós”, palabra que significa bueno o útil. Los cristianos son buenos y útiles para el mundo, porque lo sostienen y propulsan hacia su meta. Se incluye aquí la llamada a cumplir los mandamientos, no como obligaciones que me vienen de fuera, sino como reflejo de mi ser de hijo.

Vemos aquí una llamada a la libertad, viviendo para el amor y el don de nosotros mismos. Los esclavos en Estados Unidos no tenían apellidos, es decir, no tenían pertenencia familiar, no eran hijos. Si había que distinguirlos se les llamaba “el chico de John” (“John’s boy”), no “el hijo de John” (“John’s son”). El apellido es signo de libertad, porque es signo de pertenencia a una historia que nos da origen y destino comunes, y nos permite así caminar.

¿Qué otros poderes contiene el nombre recibido en el bautismo? ¿Cómo podemos honrarlo?

#### **4) Preguntas para el diálogo**

- 1- ¿Qué criterios te parecen más adecuados para poner nombre a un hijo?
- 2- ¿Qué importancia tiene que en el bautismo nuestro nombre se una al de Dios?
- 3- ¿Cómo transforma nuestra vida el nombre recibido? ¿Cómo hacernos más conscientes de la vocación que contiene nuestro nombre?
- 4-¿Qué aportan los apellidos a nuestra vida? ¿Qué apellido recibimos en el bautismo?

#### **5) Prácticas**

- ¿Cae algún santo familiar en este tiempo? Inventad prácticas para celebrarlo en familia como fiesta bautismal, en que se recuerda la vocación de santidad a que nos llama nuestro nombre.



- Antes de leer la Biblia en el Dabar del domingo, santiguarnos con agua bendita, para recordar cómo el bautismo nos ayuda a acoger de modo nuevo la Palabra, como profecía de nuestra vida.

- La pertenencia a familias de Betania es un modo en que se hace concreta nuestra pertenencia a la Iglesia indicada por el nombre y apellidos bautismales. Vivir esa pertenencia acudiendo al día de Betania, para hacer honor a nuestro apellido.